

FIESTA DE SANTA MARÍA MADRE DE DIOS

Catedral de Astorga 2016

La lectura del Antiguo Testamento de la liturgia de este primer día del Año en el que celebramos la solemnidad de Santa María Madre de Dios, está tomada del Libro de los Números y recoge la bendición con la que los sacerdotes bendecían al pueblo de Israel en las asambleas litúrgicas: “El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor se fije en ti y te conceda la paz” (Nm 6,22). San Francisco simplificó esta oración y la convirtió en saludo franciscano: “Paz y bien”

Unidos a todos los cristianos de mundo que hoy escucharán y meditarán este texto, os invito, hermanos a que hagamos algunas consideraciones sobre cada una de las peticiones de esta hea fin de sacar algún provecho espiritual para hoy y para todo el año que comenzamos.

“Qué El Señor te bendiga”

¡Qué hermoso es pedir al Señor al comenzar un año nuevo la bendición de Dios para nosotros, para nuestros seres queridos y para todos los hombres! Quien esto pide a Dios lo hace porque confía en su poder y ama de corazón a sus hermanos. San Pablo nos recomienda en la carta a los Romanos: “Benedicid, sí no maldigáis” (Rm 12,14) El cristiano sabe por la fe que todo lo que tiene es fruto de la bendición y de la benevolencia divina con la oración y con el amor al prójimo por eso siente la necesidad de corresponder alabando y bendiciendo su santo nombre. ¿No sería un hermoso propósito para este año agradecer constantemente a Dios los dones que recibimos de él bendiciéndolo, dándole gracias todos los días y bendiciendo a los demás, es decir, deseándoles lo mejor para sus vidas, hablando bien de ellos, incluso de aquellos que no están de acuerdo con nosotros o que nos han hecho daño?

“Qué el Señor te guarde”

Con esta exclamación estamos pidiendo al Señor que proteja y guarde en su amor a todos los hombres. Reconocemos de este modo que los l

hombres somos débiles ante el poder del mal y necesitamos un refugio donde ponernos a salvo, una mano que nos ayude. Al mismo tiempo al pedir que Dios nos guarde en su amor confesamos que Dios es todopoderoso y que manifiesta su poder con la misericordia y el perdón. Confiemos en Dios como un niño confía en sus padres. Pidamos siempre que nos guarde en su amor y proteja a toda la humanidad de la fuerza destructiva del mal, pecado, de la enfermedad y de la muerte.

“Qué ilumine su rostro sobre ti”

El hombre, consciente o inconscientemente, busca la luz de la verdad para no caminar en tinieblas. Quiere ver el rostro de Dios, desea ser iluminado por el resplandor de su Verdad. Decía el Papa Benedicto XVI que contemplar el rostro de Dios quiere decir conocerlo directamente, en la medida en que es posible en esta vida, mediante Jesucristo, en el que se ha revelado. Gozar del esplendor del rostro de Dios quiere decir penetrar en el misterio de su Nombre que Jesús nos ha manifestado, comprender algo de su vida íntima y de su voluntad, para que vivamos de acuerdo con su designio de amor sobre la humanidad” (Homilía en la Solemnidad de Santa María Madre de Dios del año 2013) La Navidad nos recuerda que los hombres podemos conocer el rostro de Dios en Jesucristo, nacido en carne humana de la Virgen María. Jesús dijo: “Quien me ve a mi ve al Padre” (Jn 14,9) al contemplar el rostro de Jesús contemplamos el rostro de Dios que ilumina nuestro camino. De este modo el nuevo Pueblo de Dios ya no camina en tinieblas sino que en él se cumple la promesa hecha por el profeta Isaías: “El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande” (Is. 8, 1). Dejemos, pues, que Dios ilumine nuestra vida con su palabra, con su gracia, con su amor y pidamos que ilumine a los que han abandonado la fe o no la tienen. Pedir al comenzar el año que el Señor ilumine su rostro sobre nosotros significa desear que todos los días del año amanezca sobre nuestra vida la luz de la verdad que es Jesucristo, el sol que nace de lo alto de modo que recibiendo su luz aumente nuestra fe y avancemos en el camino de la perfección y de la santidad.

“Qué el Señor te conceda su favor”

Pedir al Señor su favor no significa pedir un trato privilegiado con respecto a las demás criaturas sino sentirnos acompañados por la ternura divina que nos lleva por esta vida como un padre lleva de la

mano a su hijo para que no tropiece y caiga. Sentir el favor del Señor en nuestra vida y en las vidas de los demás es sentirnos acompañado por su gracia que es la manifestación en nuestra vida de la fuerza de su amor infinito.

“Qué el Señor se fije en ti”

Los evangelios nos han transmitido que Jesús fijaba su mirada en las personas y las llamaba a seguirle. Su mirada era una mirada llena de ternura y de amor, una mirada irresistible. El Papa Francisco dice refiriéndose a la vocación de San Mateo que Jesús la mirada de Jesús “era una mirada cargada de misericordia que perdonaba los pecados de aquel hombre y, venciendo la resistencia de los otros discípulos, lo escoge a él, el pecador y publicano, para que sea uno de los Doce. San Beda el Venerable, comentando esta escena del Evangelio, escribió que Jesús miró a Mateo con amor misericordioso y lo eligió: *miserando atque eligendo.*” (*Misericordiae Vultus* 8) El Señor también ha fijado su mirada misericordiosa sobre cada uno de nosotros y nos ha llamado para seguirle. Por eso, a pesar de nuestros pecados estamos aquí en su presencia para pedirle que no aparte de nosotros su mirada y que mire con compasión a tantos hijos suyos que viven apartados de él porque lo ignoran.

“Qué el Señor te conceda la paz”

El fruto de la bendición y de la protección divina, de la contemplación del rostro de Dios y del favor del Señor, de vivir bajo su mirada misericordiosa es la paz. La paz en el interior de cada cristiano y en la sociedad. La paz es un don de Dios que hemos de implorar para nosotros, para los nuestros y para el mundo entero, especialmente para aquellos lugares en los que no reina la paz sino la violencia, la guerra, el terrorismo, la extorsión. Pero es también una tarea que los hombres hemos de poner en práctica. Como nos dice el Papa Francisco en el Mensaje para esta Jornada Mundial de la Paz que hoy celebramos: “Sí, la paz es don de Dios y obra de los hombres. La paz es don de Dios, pero confiado a todos los hombres y a todas las mujeres, llamados a llevarlo a la práctica.” Por eso añade: “Con el Jubileo de la Misericordia, deseo invitar a la Iglesia a rezar y trabajar para que todo cristiano pueda desarrollar un corazón humilde y compasivo, capaz de anunciar y testimoniar la misericordia, de perdonar y de dar, de abrirse a cuantos viven en las contradictorias periferias existenciales, que con frecuencia el mundo moderno

dramáticamente crea sin caer en la indiferencia que humilla, en la habitualidad que anestesia el ánimo e impide descubrir la novedad, en el cinismo que destruye” (Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2016)

Hermanos: Quien vive bajo el influjo de la bendición divina vive en la dinámica de la gracia y del amor por eso no puede tener miedo al futuro aunque las circunstancias sean adversas ni puede quedarse de brazos cruzados o hacer oídos sordos ante tantos problemas como tiene hoy la humanidad y que están provocando lo que el Papa ha llamado “una tercera guerra mundial por fases”. No seamos indiferentes a la situación de tantas personas que viven en precariedad como consecuencia de situaciones de violencia: los refugiados que huyen de la guerra, los inmigrantes que huyen de la violencia del hambre, las mujeres maltratadas en sus propios hogares, los niños abusados y esclavizados incluso por sus propios padres, los ancianos arrancados violentamente de su propia historia, los trabajadores explotados violentamente y tratados como esclavos.

Imploremos la bendición de Dios sobre este mundo y hagamos todo lo que esté a nuestro alcance por bendecir como Dios nos bendice y llevar la paz a nuestro entorno. Hagámoslo confiados en la poderosa intercesión de la Santísima Virgen María, madre de Dios y madre nuestra que hoy nos muestra a Jesús, el Príncipe de la paz, en su regazo para que ilumine nuestro camino hacia la casa de Dios Padre y onga paz en el corazón de los hombres y de los pueblos.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga